

PASAJE DE *DÍAS DE MUESTRAS*

La Inauguración

4 de marzo, 1865—El presidente [Lincoln] cabalgó muy tranquilamente hasta el Capitolio en su propio carruaje, él solo, al trote rápido, cerca del mediodía, ya sea porque deseaba estar a mano para firmar los proyectos de ley o para librarse de marchar en fila con la absurda procesión, el templo de muselina de la libertad y el monitor de cartón. Lo vi a su regreso, a las tres en punto, después de que terminara la representación. Iba en su sencilla carruaje de dos caballos [coche de cuatro ruedas tirado por caballos], y parecía muy cansado y agotado; las arrugas, en efecto, de las vastas responsabilidades, las intrincadas cuestiones y las exigencias de la vida y la muerte, marcaban más profundamente que nunca su rostro moreno; sin embargo, toda la antigua bondad, ternura, tristeza y astuta sagacidad, bajo los surcos. (Nunca veo a ese hombre sin sentir que es una persona a la que hay que estar personalmente unido, por su combinación de la más pura y sincera ternura, y la forma nativa occidental de hombría). A su lado estaba sentado su hijito, de diez años. No había soldados, sólo un montón de civiles a caballo, con enormes bufandas amarillas sobre los hombros, cabalgando alrededor del carruaje. (En la inauguración, hace cuatro años, bajó y volvió rodeado de una densa masa de soldados de caballería armados hasta los ocho pies, con los sables desenvainados; y había francotiradores apostados en cada esquina de la ruta). Debo hacer mención del cierre del dique [recepción] del sábado por la noche. Nunca antes se había visto una aglomeración tan compacta frente a la Casa Blanca—todo el recinto estaba lleno y se extendía hasta las espaciosas veredas. Yo estaba allí, cuando se me ocurrió ir—estaba dentro con la multitud—a lo largo de los pasillos, el Salón Azul y otros salones, y a través del gran Salón Este. Multitud de gente del campo, algunos muy divertidos. Buena música de la banda de los marines, en un lugar apartado. Vi al Sr. Lincoln, vestido todo de negro, con guantes de piel de cordero blancos y una levita de frac, recibiendo, como en su deber, estrechando manos, con aspecto muy desconsolado, y como si diera cualquier cosa por estar en otro lugar.

La Verdadera Guerra Nunca Llegará a los Libros

Así que adiós a la guerra. No sé cómo puede haber sido, o puede ser, para otros—para mí, el principal interés lo encontré (y todavía, al recordarlo, lo encuentro) en las filas de los ejércitos, en ambos bandos, y en aquellos especímenes en medio de los hospitales, e incluso en los muertos en el campo de batalla. Para mí, los puntos que ilustraban el carácter personal latente y las elegibilidades de estos Estados, en los dos o tres millones de hombres norteamericanos jóvenes y de mediana edad, del Norte y del Sur, incorporados a esos ejércitos—y especialmente el tercio o la cuarta parte de su número, afectados por heridas o enfermedades en algún momento de la contienda—eran más importantes incluso que los intereses políticos en juego. (Ya que gran parte de una raza depende de cómo se enfrenta a la muerte y de cómo soporta la angustia personal y la enfermedad. Como, en los destellos de las emociones en situaciones de emergencia, y en los rasgos

indirectos y asideros de Plutarco, obtenemos pistas mucho más profundas sobre el mundo antiguo que toda su historia más formal).

Los años futuros nunca conocerán el infierno hirviente y el negro fondo infernal de innumerables escenas menores e interiores (no la cortesía superficial oficial de los generales, no las pocas grandes batallas), de la guerra de Secesión; y es mejor que no lo hagan—la verdadera guerra nunca llegará a los libros. En las influencias blandas de los tiempos actuales, también, la atmósfera fervorosa y los acontecimientos típicos de aquellos años están en peligro de ser totalmente olvidados. Por la noche he velado al lado de un enfermo en el hospital, uno que no podría vivir muchas horas. He visto sus ojos brillar y arder mientras se levantaba y recordaba las crueldades de su hermano rendido, y las mutilaciones del cadáver después. (Véase, en las páginas precedentes, el incidente de Upperville—los diecisiete muertos, como en la descripción, fueron dejados allí en el suelo. Después de que cayeron muertos, nadie los tocó—todos fueron asegurados, sin embargo. Los cadáveres se dejaron para que los ciudadanos los enterraran o no, a su elección).

Así era la guerra. No fue una cuadrilla [baile francés para cuatro parejas] en un salón de baile. Su historia interior no sólo no se escribirá nunca, sino que su sentido práctico, las minucias de los hechos y las pasiones, ni siquiera se sugerirán. El soldado real de 1862 - 1865, del Norte y del Sur, con todas sus costumbres, su increíble intrepidez, hábitos, prácticas, gustos, lenguaje, su feroz amistad, su apetito, su rusticidad, su fuerza y animalidad soberbias, su andar sin ley, y un centenar de luces y sombras sin nombre del campamento, digo, nunca se escribirá—tal vez no deba y no tenga que escribirse.

Las notas precedentes pueden proporcionar algunos destellos de esa vida y de esos interiores escabrosos, que nunca se transmitirán completamente al futuro. La parte hospitalaria del drama, de 1861 a 1865, merece ser registrada. De ese drama de muchos hilos, con sus sorpresas repentinas y extrañas, su confusión de profecías, sus momentos de desesperación, el temor de la interferencia extranjera, las campañas interminables, las batallas sangrientas, los ejércitos poderosos y pesados y verdes, los reclutamientos y las recompensas—el inmenso gasto de dinero, como una lluvia constante y pesada—con, sobre toda la tierra, los últimos tres años de la lucha, un lamento interminable y universal de mujeres, padres, huérfanos—la médula de la tragedia concentrada en esos hospitales del ejército—(a veces parecía como si todo el interés del país, del Norte y del Sur, fuera un vasto hospital, y todo el resto del asunto sólo rebordes)—que formaban la historia no contada y no escrita de la guerra—infinitamente mayor (como la vida) que los pocos retazos y distorsiones que se cuentan o escriben. Pensemos cuánto, y de importancia, será—cuánto, cívico y militar, ha sido ya—enterrado en la tumba, en la oscuridad eterna.

—Walt Whitman

Fuente: Whitman, W. (2008). De Specimen Days. In Beers, K., y Odell, L., Holt Elements of Literature, Fifth Course: Essentials of American Literature—Oklahoma Teacher's Edition (pp. 377–378). Holt Rinehart Winston. (Obra original publicada en 1882.)